

PRESENTACIÓN*

Hace apenas un lustro apareció en esta misma revista un Dossier cuyo núcleo estaba constituido por productos de investigación en torno de los sistemas de cargos. No era el primer esfuerzo por presentar monográficamente productos de investigación acerca de este tema, pero sí fue el primero de una serie, cuyo producto más reciente es el que ahora tiene el estudioso frente a sí. Entretanto aparecieron dos compilaciones en formato de libro: Cargos, fiestas, comunidades y La organización social y el ceremonial. Los títulos apuntaban a temas centrales, colaterales y periféricos de los sistemas de cargos, una orientación que aún campea en el presente ejemplar.

Esta selección, a diferencia de los esfuerzos anteriores, que trataron de incorporar diversas etnias, se integra con trabajos producto de la investigación en el Estado de México y Michoacán. En virtud de esto, se involucran de manera directa experiencias y reflexiones que refieren a etnias ñähñu, mazahuas, atzincas y purépechas. En la primera parte, el lector encontrará dos estudios comparativos entre comunidades de diferente filiación étnica, realizados por investigadores mexicanos jóvenes (Felipe González Ortiz y Reyes Luciano Álvarez Fabela); el tercer documento proviene de la pluma de un estudioso que cuenta con sólida presencia en los estudios sobre religión y formas de organización sociocomunitaria para el ceremonial: James Dow. En la segunda se incorporan dos trabajos producto de investigación en la etnorregión purépecha: uno producto de un estudio de comunidad realizado por Leticia Mayorga Sánchez y el otro, de Hilario Topete Lara, resulta menos concreto porque brota de una experiencia comparativa entre diversas alternativas de organización para el servicio a los santos y formas de gobiernos locales.

* Leif Korsbaek lamenta que no puede participar con un artículo en este Dossier; la razón es que publicó el artículo "Tylor en México: una excursión a Texcoco" en el número 30 de esta revista.

En el primer artículo, “Cargos y familias entre los mazahuas y otomíes del Estado de México”, de Felipe González Ortiz, prosigue con una tradición en antropología política, la cual vincula al poder con el parentesco y la religiosidad. El autor, mediante un ejercicio comparativo (San Antonio de las Huertas, localidad con mazahua hablantes y Huixquilucan, con población otomí), “enfatisa en las articulaciones entre familia o grupos domésticos, parentesco, mayordomías y cargos”, puesto que “[de] la articulación de esas dimensiones sociales se estructuran la comunidad y sus formas de poder”. En esa tesitura, el parentesco consanguíneo y el ritual aparecen como el eje en torno del cual se articula el sistema de cargos. Sin embargo, los datos etnográficos no se quedan en ese nivel de generalidad sino que, con base en las nociones primordiales de Geertz y las familias extensas no residenciales de Nutini, el autor nos permite aproximarnos a los niveles sociales de articulación que van desde el ámbito más íntimo de la familia en torno del oratorio familiar, hasta el más público de los cargos religiosos a través de la mayordomía al servicio de los santos.

Reyes Luciana Álvarez Fabela emprendió también un ejercicio comparativo con “dos comunidades con presencia de grupos etnolingüísticos originarios: San Andrés Cuexcontitlan en el municipio de Toluca, de habla otomí, y San Juan Atzingo en el municipio de Ocuilan de Arteaga, de habla atzinca o tlahuica”. El elemento articulador de la comparación es el sistema de cargos y la manera diversa en que la propia institución y los sujetos sociales que le dan vida han reaccionado en el proceso de interacción respecto a la sociedad y a las culturas mestizas que les presionan constantemente.

El fin último del artículo de Álvarez Fabela, “Etnicidad; cargos y adscripciones religiosas en dos comunidades indígenas del Estado de México”, apunta a la idea de que el sistema de cargos se ha convertido en el instrumento sociocultural de las comunidades indígenas para emprender proyectos comunitarios, en este caso la preservación de su identidad y de su etnicidad. El ceremonial, la fiesta religiosa y el cargo aparecen en una dimensión que dota de certezas a las comunidades indígenas comparadas; la reproducción de los mismos hace posible una continuidad entre los antepasados y los venideros, con la certeza de que se hace lo que debe ser y ha sido.

Asimismo, dentro de las propias localidades comparadas, el autor estudió los desencuentros y coincidencias entre grupos de católicos y no-católicos, los diversos sistemas normativos, las estrategias para la participación política y la resistencia ante los embates de la sociedad mayor que los contiene. Pese a las fracturas ocasionadas en el interior de la comunidad por la diversificación de cultos e iglesias, Reyes Álvarez encuentra que por encima de ellos existe un elemento unificador: la defensa por el territorio y el reconocimiento de un pasado compartido, etnocultural (gobierno comunitario y lengua, entre otros elementos) e histórico.

El trabajo de J. Dow, “La montaña sagrada ñāhñu”, nos presenta una etnografía fresca, espontánea, basada en dos peregrinaciones a Cerro Gordo en las que participó mientras duró su estancia entre los también llamados otomíes. Allí, entre ellos, fortaleció la idea de que la religiosidad manifiesta por el grupo étnico estudiado se ha transformado

en parte de una cultura que se adaptó al medio a través de la agricultura; por ende, el agua se convierte en un elemento de primer orden, y su obtención gracias a la lluvia y complicadas oraciones, danzas y ceremonias, es sólo una forma de expresarse. La evidencia etnográfica que nos proporciona Dow, aun sin proponérselo, también abona el terreno de la literatura antropológica generada en torno del culto a los cerros y de su indisoluble vínculo con el agua.

Pero no es la única lectura posible de Dow. Los datos empíricos proporcionados por el autor se ajustan en el proceso analítico a una teoría (costly signaling) que “establece que la religión desempeña el papel de una estrategia anti-autodepredadora por medio del estímulo y el incentivo a la cooperación grupal”, dado que las ofrendas, los sacrificios y otras señales de gastos onerosos relacionan a los individuos con grupos cooperativos; asimismo, como el autor sostiene, el sacrificio genera confianza y propicia la generación y adquisición de prestigio, así como un entramado de ayudas mutuas, lo que sólo se consigue mediante los rituales.

Leticia Mayorga Sánchez posee un amplio conocimiento en torno de la religiosidad popular en la etnorregión purépecha y particularmente de la comunidad indígena de Capacuaro, a la cual asistió atraída por un conflicto entre dos bloques de actores que en el interior de la comunidad se disputaban espacios políticos de acción e interacción. Este evento del que nos da cuenta constituye una clara muestra de la pugna entre las añejas formas de organización sociocomunitarias que se expresan en la figura del “cabildo tradicional” (otrora estrechamente vinculado con la religiosidad, el gobierno local y el acceso a los recursos, aunado al control de éstos) y las figuras agrarias respaldadas por el derecho positivo mexicano y el Estado. El resultado, nos dice Mayorga Sánchez, se muestra como la confrontación entre dos modelos: uno “tradicional” y otro “de progreso”.

El trabajo de Mayorga, “Conflictos y sistema de cargos en una comunidad purhépecha de Michoacán” es un material sólido que remite lo mismo a fuentes documentales que a la historia oral y la observación participante. Como resultado, se da cuenta del conflicto estudiado no como un proceso de ruptura, sino que, buscando continuidades y similitudes, encontró que la confrontación es simplemente el desencuentro entre estrategias diversas de legitimación y defensa de dos modelos de comunidad: el basado en las ideas de servicio, legitimidad, respeto y prestigio, y el basado en la legalidad y en las prácticas democráticas. El resultado es una comunidad que se flexibiliza con el objetivo de mantener sus proyectos y mantenerse a sí misma como tal; además agregaríamos, aunque la autora no lo mencione en forma explícita, que Mayorga Sánchez nos expone justamente la dimensión de la comunidad como un proceso.

El trabajo de Hilario Topete Lara se encuentra en la tesitura de quienes sostienen la diversidad de formas de organización para el ceremonial, y es fiel a la idea que ha sostenido junto con Leif Korsbaek en diversos foros académicos: la especificidad del “típico sistema de cargos” y el desatino de confundirlo con mayordomías, sistemas de cargos religiosos, gobiernos locales y otras modalidades comunitarias para la celebración de fiestas religiosas

y para la actividad política. El autor halla sustento en una experiencia etnográfica amplia que posibilitó el trabajo etnológico comparativo, del cual brota un esbozo de tipología.

Con este esfuerzo realizado por el Cuerpo Académico Sistemas Normativos y de Representación Simbólica, Conflicto y Poder, en cuyo seno fueron analizados y evaluados inicialmente los artículos ahora publicados —y con antelación a las reglamentarias dictaminaciones a que se obliga la Revista Cuicuilco—, esperamos coadyuvar al engrosamiento cualitativo y cuantitativo de la literatura antropológica en torno de los sistemas de cargos y de la organización social comunitaria para el ceremonial.

Cordialmente,

HILARIO TOPETE LARA, LEIF KORSBAEK Y MANOLA SEPÚLVEDA